

mexicano a comprender mejor todo el fenómeno de la intervención.

Daniel MORENO
Universidad de México

Versión francesa de México. Documentos diplomáticos (1853-1858). Volumen Primero. Traducción e Introducción de Lilia Díaz. México, El Colegio de México, 1963. XI, 171 pp.

Acaba de publicar *El Colegio de México*, apenas en mayo pasado, los informes diplomáticos correspondientes al periodo 1853-1858, de los representantes acreditados por Francia en nuestro país. Muchos de ellos son informes secretos, lo que encarece su importancia, porque reflejan —sin propósito de disimulo— la opinión que dichos representantes se formaron de la política mexicana, de nuestros gobernantes, de nuestras clases sociales y del pueblo.

Estos informes tienen mucho de realistas. Traducen la verdad sin la deformación que podía imprimir a sus opiniones la deliberada intención de preparar el ambiente diplomático hacia la intervención de Francia en los asuntos de México. En cambio, se advierte bastante deformación en la carrera de competencia con la diplomacia norteamericana para ganarse a México. En efecto: se exagera la actividad diplomática norteamericana anexionista, en lo general, y se actúa con marcada tendencia hiperbólica en el afán que inconsultamente se imputa al pueblo mexicano de pretender cambiar sus sistemas de gobierno —a veces centralista, a veces federalista— por el monárquico.

Para hacer la reseña de este libro, imprescindible si se quiere conocer ese periodo de la historia nacional a través del archivo diplomático francés, tuvimos que clasificar los datos guías con un sentido selectivo de afinidad, para conjurar el peligro de naufragar en el *maremagnum* de informaciones, versiones y aun chismes de toda laya, de que resultan ricas en contenido las notas diplomáticas de los tres principales suscriptores: el ministro plenipotenciario Andre Lavasseur, el encargado de la Legación, Alfonso Dano, y Alexis Gabriac, que es el signatario de la mayor parte de las informaciones, aparte de alguna que otra nota de cónsules franceses en algunas ciudades norteamericanas o del sur de

los Estados Unidos. Siguiendo este sistema, el único posible, acotamos brevemente cada uno de los temas importantes que forman el esqueleto del conjunto, hasta agotarlo dentro del material dado, excepto cuando hay *leit motivs* que, a veces, obstinadamente, se presentan y proliferan en el contexto de la correspondencia, como resulta con la interpretación de los hechos que parecen propiciar a Francia una intervención exitosa en México, o bien, la *antología de injurias* dedicadas a México y a los mexicanos, como, con razón, lo expresa en el prefacio de la obra don Luis González.

Sumariamente, el orden de clasificación que hemos adoptado es el siguiente:

1. Tehuantepec (¿con miras a formar una zona de influencia con Yucatán y Cuba?)
2. Invasiones del conde Raousset Boulbon.
3. El filibusterismo en la Baja California y en otros lugares de la frontera Norte.
4. La dictadura de Santa Anna y sus implicaciones internacionales.
5. Los proyectos internos de monarquía auspiciados por Santa Anna.
6. La política anexionista del embajador yanqui Gadsden.
7. El imperialismo francés de Napoleón III.
8. Los proyectos de fundar la república de la Sierra Madre, y
9. Opinión de los diplomáticos franceses sobre México y los mexicanos.

La correspondencia signada por Levasseur se inicia con la caída del régimen de Mariano Arista, el interinato del general Juan Bautista Ceballos, la disolución del Congreso y el triunfo militar del Plan de Guadalajara, que proclama presidente a Santa Anna en ausencia suya.

En relación con Tehuantepec y ante la exigencia de dos miembros del senado norteamericano para la ocupación del Istmo por fuerzas militares yanquis, el general Ceballos logró, en los últimos días de su breve administración, un arreglo que hizo disminuir la tensión, logrando que se aceptara un convenio entre los aspirantes a la concesión, que databa desde los tiempos de José de Garay, del modo siguiente: la casa norteamericana Manning, Mackinstosh, Schneider y Cía., era tenedora del viejo privilegio Garay, y exigía entrar en posesión de sus pretendidos derechos. Ceballos, salomónicamente, dictó un acuerdo adjudicando el privilegio a la compañía mixta de Sloo, a la que se unieron la de Oaxaca y la de García, con quien estaban asociados tanto Oaxaca como Ta-

basco y Chiapas. El contrato se firmó el 5 de febrero de 1853 y, según sus términos, la vía de comunicación se haría por agua, valiéndose de la parte navegable del río Coatzacoalcos, de donde habría de partir rumbo al litoral del Pacífico un camino de madera. Después habría de construirse el ferrocarril. Los socios extranjeros serían considerados como mexicanos desde el punto de vista de sus derechos civiles, y los gobiernos no mexicanos se abstendrían de participar en la empresa sin el consentimiento del nuestro. El tránsito sería absolutamente libre para todas las naciones. La compañía mixta de Sloo entregó inmediatamente al gobierno mexicano trescientos mil pesos en efectivo y se comprometió a entregar otra suma igual en plazos mensuales de cincuenta mil.

Cuando, el 2 de enero de 1854, se firmó el tratado de La Mesilla entre Manuel Diez de Bonilla y James Gadsden, ministro de Relaciones de México y embajador de los Estados Unidos en nuestro país, respectivamente, se estipuló en un codicilo anexo que "el gabinete de Washington se encargaría de resolver todas las dificultades relativas a la concesión del tránsito por el Istmo de Tehuantepec, y de indemnizar a la Compañía Garay, quedando la de Sloo como única usufructuaria del privilegio". De Alfonso Dano —menos exaltado en estas cuestiones, que Levasseur— son las palabras anteriores, a las que agrega las siguientes, con una serenidad en la que no aparece la suspicacia que casi siempre priva en las de éste último: "...Bonilla y Gadsden se muestran igualmente satisfechos del arreglo. Creo que ambos tienen razón. México recibe una considerable suma y no estaba en situación de negarse a una demanda hecha en un tono tan imperioso".

Pasó el tiempo, y la compañía de Sloo nada pudo hacer, pese a que movió a hombres de negocios de Nueva York, Boston, Nueva Orleans y Holanda. Por alguna circunstancia no bien aclarada, un tal Falconnet pidió al gobierno mexicano, en julio de 1856, que se le adjudicara la concesión por falta de pago de los compromisos de los anteriores concesionarios. En estas gestiones entraron como representantes del supuesto acreedor Jecker, Torre y Cía. Falconnet, a su vez, había hecho la cesión de sus derechos a P. H. Hargous, de Nueva York, cesión que no admitió el gobierno de México. Las cosas se alargaron y enredaron, y el 21 de junio los representantes de Falconnet advirtieron a nuestros ministros de Fomento y Relaciones "que en Nueva Orleans se estaba organizando una expedición de filibusteros que desembarcaría en Coatzacoalcos bajo el pretexto de trabajar en la vía de comunicación por cuenta de una compañía de Tehuantepec".

El asunto llegó a oídos de Gabriac, por conducto de un representante de Hargous, y aquél, ni tardo ni perezoso, comunicó el caso al ministro francés del Exterior Eduardo Drouyn de Lhuys, en nota de 30 de noviembre de 1856, emitiendo la opinión siguiente: "La mala fe de los dos gobiernos en pugna no puede ser más evidente. En este asunto el gobierno mexicano estafó seiscientos mil pesos, mientras que el gobierno de los Estados Unidos favorece secretamente a la compañía de los filibusteros, quienes, a pesar de los derechos adquiridos por uno de esos honorables ciudadanos, se han apoderado del Istmo de Tehuantepec y trabajan en su apertura como si estuvieran en su casa o en un territorio conquistado. La gravedad del asunto —agrega— no escapará a V. E.; es un primer paso a la posesión del último Istmo." (Se refiere a Nicaragua, en poder de Walker, y a Panamá, en donde anda metido Aspinwall). Y concluye: "Si Tehuantepec llega a convertirse en propiedad de los filibusteros dirigidos por Sloo, el comercio europeo, obligado a usar esas tres vías de comunicación, dependerá de la ley de Estados Unidos." Cree que esto obligará a los marinos europeos a mantenerse en estado de alerta.

Desde principios de junio de 1852 había llegado a Guaymas un aventurero francés, el conde Raousset de Boulbon, en busca de los terrenos auríferos de Sonora que habrían de explotarse en provecho de la Sociedad Restauradora Franco-Mexicana, llevando alrededor de ciento cincuenta franceses, bajo el pretexto de defender las minas, placeres, y terrenos de una empresa de dudosa formación. El gobernador de Sonora, ante la presencia de esta fuerza evidentemente filibustera, requirió a Raousset para que depusiera las armas y compareciera ante él; pero éste, lejos de obedecer, marchó sobre Hermosillo y en un golpe de audacia logró tomar la plaza. Sin embargo, el 4 de noviembre del mismo año, tuvo que someterse a las fuerzas del general Miguel Blanco y reembarcarse para los Estados Unidos. Mas, despechado por su fracaso, volvió a reclutar gente en la Alta California, resuelto a invadir a México al frente de dos mil hombres. El ya ministro plenipotenciario Levasseur tuvo que actuar rápidamente, y a través del agente francés Dillon, logró comunicarse con Raousset para hacerlo desistir de "un acto de piratería en el que se comprometía el nombre francés". Levasseur fue a darle cuenta del caso a don Lucas Alamán, a la sazón ministro de Relaciones del gobierno de Santa Anna, quien recibió la noticia del fracaso de Raousset con regocijo, e indujo al representante francés a conferenciar sobre

el particular con el presidente. Éste hizo llamar a todos sus ministros y los reunió en consejo para escuchar a Levasseur. El propio Alamán leyó las cartas de Dillon y de Raousset, hubo "felicitaciones y apretones de mano", pero Levasseur advirtió la posibilidad de que, ahora menos que nunca, los capitalistas de San Francisco California renunciaran al atractivo de las riquezas de Sonora y que, en consecuencia, México no estaba en condiciones de confiarse aun. Luego se entabló el siguiente diálogo que conserva el sabor de aquella pseudo-corte: —"¿Conoce usted bien el carácter de Raousset?" —preguntó Santa Anna a Levasseur. —"Sí, señor presidente". —"¿Cree usted que si acepto sus servicios responderá a mi confianza?" —"Estoy seguro, señor presidente, que cuando Raousset haya tenido el honor de estrecharle la mano para prometer servirle lealmente, usted podrá contar con él como si fuera usted mismo; haciendo excepción, sin embargo, del caso en que usted combatiese contra su país". —"De acuerdo —respondió Santa Anna—, y por otra parte espero que ese caso no se presentará jamás"... Luego, dirigiéndose a Alamán, dijo: —"Usted entregará inmediatamente al señor ministro un salvoconducto para que Raousset pueda entrar a territorio mexicano por cualquier punto, y para que en todas partes las autoridades mexicanas lo reciban como amigo y le faciliten su viaje hasta México; el señor Levasseur nos hará todavía un favor encargándose de hacer llegar ese pasaporte a Raousset". Dirigiéndose luego a mí, añadió: —"Escriba usted a Raousset que el general Santa Anna le otorga toda su confianza, que lo espera con impaciencia para reparar todos los agravios, todas las torpezas que Arista y los intrigantes de Sonora cometieron con él...; yo le abriré las puertas de Sonora...; allí colonizará a su gusto, llevará a todos los franceses que desee; a cambio me ayudará a destruir a los indios bárbaros y a defender la frontera norte contra los aventureros de California..."

Quando Raousset llegó a México, traído por Santa Anna, fue a presentarse a la Legación de Francia; pero ya no encontró a Levasseur, y se tuvo que entender con el encargado, Alfonso Dano. Mientras tanto, Alamán había muerto el 2 de junio, aunque la situación en el fondo no había cambiado. Dano avisó de la llegada de Raousset al nuevo ministro de Relaciones Manuel Díez de Bonilla, y éste, dos días después condujo a Dano ante el presidente, en Tacubaya. Dice Dano que todos querían ser presentados a Raousset, a quien "conocían por su fama de valiente y caballero". El general Santa Anna se mostró muy efusivo con el aventurero francés "por

cuyas dotes militares —asegura— profesa verdadera admiración”. Después de versar la conversación sobre algunas generalidades y de preguntarle Santa Anna a Raousset sobre cuáles eran sus planes, inquirió si podría traerle de Francia trescientos o cuatrocientos franceses *para organizar en Sonora una legión extranjera*. La respuesta de Raousset fue afirmativa, y a continuación el presidente le pidió que redactara un plan y le explicó que su deseo era defender el territorio mexicano contra los ataques de aventureros.

Comenta Dano: “Nos despedimos del general Santa Anna, pero como esta conversación tuvo lugar en presencia de dos de sus ministros, muy pronto se enteró toda la ciudad; y desde ese mismo día varias personas me preguntaron si era cierto que Raousset sería nombrado comandante superior de Sonora, con el grado de general de división. “La conducta del general Santa Anna —añade— fue reprobada enérgicamente por los hombres del partido de oposición y por un pequeño número, es cierto, de los amigos del general Arista. “Les parecía indigno —insiste Dano— que se llamara a las filas del ejército nacional a un aventurero que había esgrimido armas contra la República y derramado sangre mexicana. Al frente de esos descontentos estaba, naturalmente, el general Blanco, el infortunado adversario de Raousset en el sitio de Hermosillo.”

Poco después, Raousset entregó su plan a Santa Anna, plan que incluía la entrega de trescientos mil pesos (un millón quinientos mil francos), considerados por el aventurero francés como indispensables para organizar la legión propuesta, con equipo, armamento, transportes y cuanto era de preverse en esos casos. Dano dice que siempre estuvo inconforme con el proyecto, y con justificada razón, porque implicaba “despojar de su nacionalidad a trescientos o cuatrocientos franceses, y poner la sangre de estos pobres parias de nuestra civilización al servicio de este *miserable* gobierno”.

Raousset hace confidencias muy interesantes a Dano, al asegurarle que, de haber recibido los refuerzos que esperaba de San Francisco después de la toma de Hermosillo, no habría abandonado sus pretensiones hasta llegar a proclamar la independencia de Sonora. Advierte Dano que si Santa Anna —como es de suponerse— engaña a Raousset, negándole la posición ventajosa que le había ofrecido, retornará indignado a San Francisco para volver sobre la frontera mexicana con una nueva expedición.

En comunicación de Dano al ministro francés, signada el 31 de octubre de 1853, Raousset se muestra ya desenga-

ñado de las promesas de Santa Anna, y asegura que lo único que hizo fue retenerlo en México para destruir sus proyectos filibusteros. "Su renombre desapareció muy pronto y el héroe de Sonora ha pasado hoy a la condición de simple mortal. Todos los planes que ha presentado al gobierno han sido abandonados uno tras otro: legión extranjera, colonización militar, etc." Por fin, Raousset abandonó México con la sola condición, impuesta por Dano, de que su desaparición no pareciese una fuga; pero antes de irse le dijo al secretario de la Legación "que habría de pagar cara el general Santa Anna su conducta". Poco tiempo después, el encargado de negocios de los Estados Unidos, Cripps, le confirmó a Dano lo que ya Gadsden le había insinuado: que Raousset hizo un doble juego, pues al mismo tiempo había propuesto sus servicios a la legación norteamericana "bajo cuya protección pensó por un momento coolcarse". Luego, en una entrevista particular que Dano tuvo con Bonilla, éste le comunicó, en su carácter de ministro de Relaciones, "revelaciones que fueron hechas al gobierno mexicano acerca de una conspiración y un plan para invadir (Raousset) los Estados de Sonora y Sinaloa, organizados desde el mes de octubre..." "...El general Santa Anna tiene en sus manos los documentos originales del puño y letra de ese aventurero y próximamente los publicará en el *Diario Oficial*", informó Dano a Francia. Finalmente, reveló Dano a su gobierno que Raousset le había dicho: "A toda costa quiero meter la mano en los asuntos de este país. No estaré al servicio del gobierno mexicano, y cuando tenga una fuerza bajo mis órdenes, bien obligados se verán a tomarme en cuenta". Éste era el hombre que despertó tantos elogios en México y que fue causa de la admiración del presidente de la República, por la audacia con que sorprendió y venció a la guarnición de Hermosillo. Sus planes incluían la independencia de Sonora, Sinaloa y la Baja California, y en esos proyectos perseveró siempre. Para fines de 1854, estaba ya reclutando mil hombres y se preparaba para la invasión de Sonora, por Guaymas, según informes que obtuvo Diez de Bonilla de Luis del Valle, agente mexicano en San Francisco.

Independientemente de los fallidos arreglos con Raousset de parte de Santa Anna para la formación de la Legión de marras, el presidente había insistido en el reclutamiento de colonos franceses militares, y se dio la orden al propio agente mexicano en San Francisco para que iniciara ese reclutamiento con la ayuda del agente francés Dillon. Parece que el agente del Valle se excedió en las órdenes y que, en

lugar de ir mandando grupos de cuarenta o cincuenta colonos mandó a unos cuatrocientos aproximadamente, de golpe, según los informes que a mediados de mayo de 1854 se recibieron de los vicecónsules de Mazatlán y Guaymas. Los colonos militares llegaron transportados por el vapor "Challenge", y lo peor del caso fue que se supo que los expedicionarios estaban operando de acuerdo con Raousset. Los fondos para el transporte fueron proporcionados por la casa del banquero Chaviteau "que, con conocimiento de todo el mundo, patrocinaba la expedición de Raousset", afirma Dano. Inmediatamente éste, previendo las dificultades que esa invasión causaría a las buenas relaciones entre Francia y México, recomendó al vicecónsul francés en Guaymas que tratara de despersar a los cuatrocientos colonos; pero tuvo buen cuidado de negar ante Santa Anna que en la llegada de esos hombres estuviera implicado Raousset. El primero de julio recibió Dano una carta confidencial de su mencionado vicecónsul en Guaymas, confirmándole que los expedicionarios, en gran número, eran decididamente adictos a Raousset y que "sólo consintieron en formar parte de la expedición para estar en condiciones de secundarlo más tarde en sus empresas". Sin embargo, el aventurero francés esperaba su oportunidad en San Francisco.

Por fin, sabe Dano de muy buena fuente, y así lo informa, que Raousset había desembarcado ya en Guaymas. Añade que no tardó en llegarle una carta suya en la que le anuncia *como la cosa más natural del mundo* "que había llegado a Guaymas y que dependía de él sublevar al batallón francés y ejecutar sus antiguos proyectos". Dano escribe a Raousset y le advierte, para convencerlo, que "les estaba haciendo el juego a los norteamericanos".

El gobierno mexicano, en tanto, no parecía compartir la alarma que embargaba a Dano: la solución que Diez de Bonilla propuso al problema consistió simplemente en que los expedicionarios ingresaran al ejército mexicano, que trabajaran en sus profesiones u oficios, o que volvieran a California por cuenta del erario nacional, debiendo quedar cancelada definitivamente la concesión de tierras para colonizar.

La actitud del gobierno mexicano y la de Dano, que estuvo muy activo con sus corresponsales en San Francisco, desanimó a los banqueros Chaviteau y Caballié, pues éstos no tardaron en presentarse al agente mexicano del Valle, ofreciéndole el "Challenge" y el "Adela" para facilitar el retorno de los expedicionarios.

Finalmente, el 5 de agosto Dano comunica al ministro

francés del Exterior el término de la aventura de Raousset, en los siguientes términos: “Desgraciadamente mis temores resultaron demasiado fundados. Anteayer, el 3 de agosto, dos telegramas, el primero de León y el segundo de Guanajuato, llegaron a tranquilizar al gabinete de México y a enlutar a la población francesa, pese a la condena general de la conducta de Raousset entre la gente honrada. Según estos dos mensajes, el 19 de julio Raousset, al frente de unos cuatrocientos inmigrantes, había atacado a la fuerza del general Yáñez (José María), que sólo tenía doscientos hombres; después de un combate de dos horas la victoria había correspondido a las fuerzas mexicanas; parece que Raousset se rindió con doscientos de ellos. Los inmigrantes habían tenido unos cuarenta muertos y numerosos heridos. Los demás se dispersaron y huyeron”. Luego, agrega: “Me sorprende que Raousset, después de declarar que esperaba la respuesta del gobierno, haya tomado la iniciativa del ataque; *más me sorprende aun que el general Yáñez derrotara a cuatrocientos hombres con doscientos malos soldados mexicanos*”. Y sigue comentando, sorprendido: “Debe existir, por debajo de todo esto, alguna infamia mexicana que pronto sabremos”.

Inmediatamente fue a hablar con nuestro ministro de Relaciones para que se omitiera la publicación de noticia alguna hiriente a los franceses, de tal manera que sólo se hable de *extranjeros o filibusteros*, pero nunca de súbditos de Napoleón ni. Pese a su disgusto, Dano sigue mencionando a Raousset como “el héroe de Hermosillo”, lo que denuncia su admiración por él. No tardó en interceder personalmente con Santa Anna en favor de los prisioneros, para que la pena de muerte que merecían fuera conmutada por la de diez años de prisión. Las razones que dio Santa Anna para negarse a perdonar a Raousset de sufrir la máxima pena eran harto convincentes. Dijo a Dano: “La revolución (de Ayutla) ha estallado en diversos puntos de la República. Recientemente me he visto obligado a castigar a mis propios conciudadanos rebeldes. No puedo perdonar de manera absoluta e inmediata, sobre todo a los extranjeros culpables de los mismos delitos. Sería ganarme reproches justamente merecidos. Acaban de efectuarse ejecuciones en Veracruz y Guerrero. Un regimiento que se sublevó en Morelia fue diezmado. Por otra parte, le confieso que mi disgusto es enorme. Es necesario que dé un ejemplo severo y que los aventureros de California sepan bien que no pueden venir impunemente a violar nuestro territorio. Además, quiero desalentar a los extranjeros establecidos en México de mezclarse en nuestra política.

Me he esforzado en conciliar la humanidad con la dignidad de la República, no quiero que se me acuse de crueldad ni de debilidad”.

Estas palabras de Santa Anna hicieron recordar a Dano el episodio de la guerra de Texas en que éste mandó matar a una partida de cerca de cuatrocientos norteamericanos rendidos en Goliat, que encabezaba el capitán tejano Semnine, y que cayeron bajo las balas del oficial subalterno Nicolás Portilla, cuando creían que, como rendidos, se aplicarían con ellos las leyes de la guerra. Además, Santa Anna no podía considerarse relevado de culpa al haber autorizado la colonización bajo la garantía de un aventurero.

Finalmente, Raousset fue fusilado, y los prisioneros traídos a México para ser conducidos a la prisión militar de Perote; pero por gestiones de Dano pasaron por Tacubaya y no por las calles de la capital del país. Algún tiempo después, atendidas las mismas gestiones, fueron embarcados en un navío francés y confinados a las prisiones de La Martinica y Guadalupe.

Empero, no fue Raousset el único extranjero que emprendió aventuras filibusteras en la frontera mexicana: a mediados de diciembre de 1853, J. S. Morentrout, cónsul en Monterey, California, informaba que un grupo de emigrantes armados habían desembarcado en la Baja California, entre el cabo San Lucas y La Paz; que tomaron esta última plaza, aprehendieron al gobernador, se llevaron la bandera nacional y la sustituyeron por otra que ostentaba dos franjas rojas y una blanca en medio, con dos estrellas en el centro, simbolizando las Repúblicas de Baja California y Sonora. Proclamaron presidente de ambas entidades a Guillermo Walker; una vez logrado esto, se embarcaron rumbo a Ensenada, y allí los batió el general Blancarte. De Ensenada enviaron informes a San Diego, en el sentido de que había quedado constituida la nueva República. El propio cónsul informó que los filibusteros se habían enganchado públicamente en San Francisco, y que en la noche del 12 al 13 de noviembre (?) se embarcaron 250 hombres en la barca “Anita”. Agrega Morentrout que “recibieron varios coches con municiones, dos cañones, fusiles, carabinas, pistolas, sables y otras armas, sin ser molestados”; que al dejar el muelle vitorearon al *presidente* Walker, a Sonora y Baja California. Estas informaciones, ampliadas por un relato del general mexicano José María Castro —de quien pretendieron valerse para sus fines—, fueron reiteradas por el propio Morentrout con prolijos detalles, principalmente en el sentido de que mil fili-

busteros procedían de California, y mil de Texas, bajo el comando, respectivamente, de dos americanos, uno de los cuales se decía general y coronel el otro. Lo más probable es que el general fuera Walker, y el coronel un tal Watkins. Este último fue apresado por las autoridades de los Estados Unidos y juzgado en San Francisco. Walker se escapó y anduvo en parecidas correrías filibusteras por Centroamérica. Un año más tarde, nuevos intentos fueron denunciados al gobierno mexicano por el general Santiago Vidaurri, e informes parecidos estuvieron siendo recibidos periódicamente en México de varias partes de la frontera, sin que la amenaza llegara a realizarse. Así ocurrió también con la atribuida, en diciembre de 1855, a un alsaciano apellidado Zerman, aventura que concluyó con la detención y encarcelamiento de todos los inodados en ella. Capítulo aparte sería hablar de los fallidos intentos por crear la *República del Pacífico*.

Aquí precisa retrotraernos en nuestro relato para ocuparnos del régimen de Santa Anna: el primero de abril de 1853 llegó a Veracruz y pronto hizo su entrada en la capital del país asumiendo el poder y dictando las llamadas *Bases para la administración de la República hasta la promulgación de la Constitución*, los acuerdos para hacer entrar en receso a las autoridades legislativas de los Estados y Territorios y la represión o supresión de la libertad de prensa, con lo que dio muerte a la República federal, instaurando el centralismo. Levasseur, en entrevista con don Lucas Alamán, a la sazón ministro de Relaciones de Santa Anna, comentó el decreto de 25 de abril sobre supresión de la libertad de prensa y, observando el primero, que los delitos y aplicación de las penas estaban confiadas a autoridades políticas, lo que podría ser motivo de censuras para el gobierno —por convertirse éste en juez de su propia causa—, Alamán le respondió: “En principio tiene usted razón, pero si considera nuestra situación, reconocerá que no podemos actuar de otra manera; no tenemos ni jueces esclarecidos y patriotas, ni tribunales inteligentes e íntegros. Confiar la represión de los delitos de prensa a nuestros jueces ordinarios sería garantizar la impunidad de los culpables; todos ellos obtendrían su absolución pagando diez pesos, y el decreto de 25 de abril carecería de valor y todo el mundo se burlaría.”

Conviene aclarar aquí o reiterarlo, que el ministro Levasseur era afecto al centralismo, tanto porque la autocracia de Santa Anna se aproximaba mucho a la monarquía absoluta, como porque, merced a él, podría facilitarse en México la influencia de Francia y su política de penetración. “El sis-

tema federal —decía Levasseur— tal como ha sido comprendido y aplicado en México, es demasiado favorable a las ambiciones mezquinas, a las intrigas de los cotarros parroquiales, a los abusos de poder de los tiranuelos de aldea, a los charlatanes de tribuna, a los salteadores de camino real y a los contrabandistas, como para que la *élite* de la nación quiera renunciar a él”. Entendía Levasseur el centralismo con un sentido aristocrático. Constantes oportunidades tuvo, por otra parte, de oír de labios de Alamán hiperbólicas alabanzas en favor de Francia, que a él lo colmaban de satisfacción y de esperanzas: “Necesitamos las simpatías de todos los gobiernos europeos —decía Alamán—; nos esforzaremos por merecerlas, pero en Francia, sobre todo, fundamos nuestras esperanzas, pues sabemos *lo que ha hecho y lo que aún puede hacer por nosotros...*” “...Usted sabe que los principios políticos que queremos hacer prevalecer aquí, son los que su ilustre soberano ha sabido imponer valientemente en Francia y fortalecido en Europa” “...Para que el Emperador conozca bien nuestros sentimientos y propósitos, el general Santa Anna envía a Ramón Pacheco en calidad de ministro plenipotenciario...” “...el general Santa Anna quería que, para garantizar mejor la confianza del gobierno francés hacia la misión del representante mexicano, usted comunicara al señor Drouyn de Lhuys el concepto que tiene de nuestra situación, de nuestras intenciones y necesidades y, sobre todo, de la sinceridad de nuestras simpatías por Francia y por el Emperador”. Estas palabras debían necesariamente ser traducidas por Levasseur como el inicio, por parte de México, de una política de inusitado y aun oficioso acercamiento con Francia, tal como el Emperador lo deseaba.

Agrega el plenipotenciario francés que, al despedirse, Alamán le reiteró: “que es en su ilustre soberano en quien *se fundan todas nuestras esperanzas futuras*. Queremos calcar nuestras instituciones políticas en las de Francia, incluso seguir su ejemplo hasta el fin, estableciendo aquí una monarquía hereditaria... lo cual es imposible, lo sé; y aunque falte el título de emperador al general Santa Anna, por que no puede adoptarlo, querríamos que tuviera tal autoridad y fuerza. Pero para poder obtener este resultado necesitamos las simpatías de Europa en general y el apoyo de Francia en particular; y cuando hayamos realizado nuestra obra de regeneración, aun necesitaremos el sostén de nuestros amigos para conservarla, pues padecemos amenaza de invasión de nuestros vecinos del norte; mientras más crezcamos más celosos estarán de nosotros y más codiciarán nuestro territorio.

Más tarde, Santa Anna sostiene una conversación parecida con el representante de Alemania, el barón Emilio de Richthoffen. Durante ella, según afirma Levasseur, el diplomático prusiano le aseguró haberle consultado Santa Anna: primero, si sería posible obtener del gobierno de su país cierto número de oficiales y suboficiales para dar instrucción militar y preparar al ejército mexicano, y después, si podría lograr su anhelo de "tener un cuerpo europeo completo, de de cinco mil a seis mil hombres, sólo que enviado de preferencia por Prusia. Naturalmente que la respuesta del barón Richthoffen, aunque atenta, fue muy poco favorable a las caprichosas pretensiones de Santa Anna: le dijo que el proyecto "era poco practicable, porque a muy pocos oficiales y suboficiales del ejército prusiano les agradaría dejar las filas donde tenían asegurado su porvenir, para ir a México y correr riesgos desconocidos, y ciertamente el gobierno prusiano no se sentiría con derecho a enviar a ninguno de ellos contra su voluntad".

Alamán murió el 2 de junio de 1853, y Levasseur, al comunicarlo al ministro del Exterior de Francia escribe una larga parrafada sobre "un grave acontecimiento para México y como una sensible pérdida para la política recién iniciada del general Santa Anna", en relación, se entiende, con la forma en que Francia estaba siendo cortejada por el funcionario fallecido y con las oportunidades que esas relaciones podrían lograr alentando a Napoleón III a definir mejor sus pretensiones respecto de la política mexicana.

La correspondencia se reanuda, ahora, suscrita por Dano, como encargado de la Legación. Frecuentemente manifiesta su antipatía por Santa Anna y lo hace con franqueza rara en el lenguaje diplomático. Dice que le causó admiración la forma en que se recibió a Santa Anna en la capital del país, sin recordar que apenas hacía cinco años, en el 48, que se había embarcado en Veracruz "dejando en su país a unos millares de soldados norteamericanos a las órdenes de los generales Taylor y Scott, sin siquiera organizar una resistencia más prolongada". Se pregunta "si podía haber aprendido el arte de gobernar en su retiro de Cartagena, mientras se entregaba a su pasión por el juego y las peleas de gallos". Respecto de su opinión sobre Alamán, no manifiesta Dano el mismo entusiasmo que Levasseur. Habla de que la gente comenta que la situación de México no sería tan mala si Alamán viviera. "No comparto este parecer —afirma—: el valor de ese estadista era muy relativo, y al igual que mucha gente opino que lo más hábil que hizo en toda su vida fue morir a tiempo

para no asumir la responsabilidad de una parte de las faltas cometidas por el jefe del Estado, faltas que no habría podido impedir”.

Está molesto Dano porque tuvo que hablar con Santa Anna sobre la cuestión económica y decirle que la “Legación de S. M. I. no admitiría que se hiciera ningún cambio a los arreglos firmados anteriormente en favor de los acreedores franceses”. Habló con monseñor Clementi, delegado apostólico en México, y éste le declaró que de ninguna manera la Iglesia estaría dispuesta a que se hipotecaran sus bienes para salvar al gobierno de sus compromisos económicos.

La justificada predisposición de Dano sube de punto cuando ve que, habiendo estallado la revolución de Ayutla y salido Santa Anna de México a combatir al general Alvarez al mando de una expedición militar que fracasa y cuyo resultado lo obliga a regresar, es recibido desde Chilpancingo hasta la capital de la nación con grandes festejos, como vencedor: arcos triunfales, dísticos, alabanzas, loas y *Te Deums*. Asegura, por otra parte, que el barco estadounidense *Portsmouth* metió por Acapulco a Comonfort para incorporarlo a los rebeldes de Alvarez, hecho que —afirma— implícitamente ha sido desautorizado por el gobierno de Washington, gracias a las reclamaciones de México.

En una nota suscrita por Alexis de Gabriac y a la que da pábulo la información anterior, asegura éste, con resquemor, que no es posible dejar de relacionar la actitud taimada de los Estados Unidos con sus visibles simpatías por el retorno del federalismo, que vendrá a destruir la unidad de México, haciéndolo presa de aspiraciones inconfesables y a fortalecer la del país vecino en relación con sus miras territoriales. Gabriac nunca dejó de ser un centralista recalcitrante.

Como algo previsto e inevitable, Dano, suscribiente de estas notas, informa que el 2 de enero de 1854 se firmó entre Diez de Bonilla y James Gadsden, ministro de los Estados Unidos, el tratado de La Mesilla y la Cañada de Guadalupe, territorio que el vecino país necesitaba para tender la vía ferroviaria que uniría las provincias del Este con California. México recibiría quince millones, de los cuales aplicarían cinco los Estados Unidos a la amortización de las deudas provenientes de las reclamaciones yanquis, siete se entregarían al contado y tres quedarían pendientes hasta la fijación oficial de la nueva frontera. Dano cree que en las condiciones actuales le era imposible a México negarse a ese tratado, que desde hacía tiempo venía gestionando Gadsden por órdenes de Washington; y supone que esto cuando menos traerá

a México la ventaja de evitar nuevos intentos filibusteros sobre Sonora y la Baja California.

La dictadura de Santa Anna se entroniza a principios de enero con motivo del nuevo Plan de Guadalajara, que establece que "el presidente de la República debe *rendirse a los votos expresados por la nación* (la farsa del famoso plebiscito), que sus poderes serán prorrogados indefinidamente, que en el futuro tomará los títulos de capitán general y Alteza Serenísima. El dictador renunció los de capitán general y se reservó satisfecho el de Alteza Serenísima. Reconoce Dano que la implantación de la dictadura no ha hecho variar la situación del país; duda de si llamarlo o no oficialmente *alteza serenísima*, y opta, de acuerdo con el cuerpo diplomático, por darle el título de *serenísimo señor*, aunque antes lo consulta con el canciller francés. "Este acontecimiento —dice— tan importante en apariencia, tuvo lugar sin que la población acomodada e inteligente del país pareciera notarlo". Hay adhesiones, pero todas vienen de las autoridades civiles y militares, por consigna. Recuerda Dano que Iturbide, antes de declararse emperador, tomó el título con que ahora se ha regalado a Santa Anna, y afirma que tiene la impresión —por las ocasiones en que ha hablado con el presidente— de que es manifiesto en él su deseo de hacerse coronar emperador de México. Cree que sólo lo detiene el no estar seguro de poder mantenerse en el gobierno por mucho tiempo, pues "Santa Anna ha tenido y abandonado la presidencia siete veces, tres de ellas investido de facultades extraordinarias; pero siempre cayó del poder ridiculamente". Restablece Santa Anna, a continuación, la Orden de Guadalupe, y lo celebra con gran fasto en la Basílica de su nombre; va ataviado como Gran Maestro, con vestiduras deslumbrantes y lujosísimas. Supone Dano, con razón, que uno de los objetivos del dictador es ganarse el apoyo del clero, y glosa el sermón pronunciado por uno de los canónigos, que apodícticamente afirmó: "Si desde el comienzo del mundo han desaparecido tantas nacionalidades, *es porque no tenían una Orden de Guadalupe* que las defendiera contra la disolución".

En marcha la dictadura, se establece el sorteo de hombres para el ejército, lo que deja a los campos desiertos. Los propietarios de minas y haciendas no encuentran trabajadores, porque éstos se refugian en las montañas, y la gente se pregunta —según Dano cuenta—: "¿Es necesario un ejército tan considerable, tan gravoso a los recursos del erario para vender las fronteras de la República?, en un país en donde la experiencia ha demostrado de sobra que el ejército sirve

sólo para derrocar gobiernos". Todo este aparato de falso patriotismo viene a ponerse en evidencia cuando se conoce que el tratado de La Mesilla había sido ratificado por el senado de los Estados Unidos con tan grandes modificaciones, que parece un documento nuevo: "serían —dice— tan extensos los privilegios pedidos para el tránsito por el Istmo de Tehuantepec, que equivaldrían a una concesión pura y simple". Añade que, al enterarse Santa Anna de las nuevas exigencias de Washington, se encolerizó y dijo que "se quemaría las manos antes que firmar semejante tratado". "...Pero sé —añade Dano— que después se serenó, y no me sorprendería que aceptara todas las condiciones por duras y humillantes que puedan parecer. La penuria del tesoro es extrema y es necesario que el gobierno central se procure recursos por todos los medios". Naturalmente, Santa Anna aceptó.

A fines de diciembre de 1854 vuelve a la Legación francesa Alexis de Gabriac, ya bastante avanzada la revolución de Ayutla. Tiene la impresión de que Santa Anna toma dispositivos para irse del país dejando a un triunvirato en el gobierno, y que en tanto se resuelve, "por el último vapor expidió quinientos mil pesos a Inglaterra" —se entiende que para su cuenta personal y en previsión del desastre que se avecina. Y hablando de las finanzas públicas, Gabriac informa "que no sólo no queda ya ni un céntimo de los cuatro millones de pesos pagados desde hace poco por la venta de La Mesilla, sino que ha sido necesario descontar antes del vencimiento de los tres millones que todavía se deben". Y, a continuación, comenta la forma en que se ha manejado ese dinero: adjudicó la suma inicial a Manuel Escandón, agiotista y amigo personal de Santa Anna "el más desvergonzado de la República" y éste se comprometió a entregar a Santa Anna quinientos mil pesos en plata, un millón en valores y un millón quinientos mil en bonos de la deuda interior, a la par; pero comprados por Escandón con el ¡noventa y cuatro por ciento de pérdida! Desfalcado visiblemente el gobierno, recurrió al préstamo forzoso disfrazado, al imponer una contribución extra de un mes de renta a los casatenientes.

En plática con el ministro Diez de Bonilla, éste le confió a Gabriac que el ministro de los Estados Unidos tenía instrucciones secretas de preparar la situación del país de manera favorable a los "puros", cuya meta es el federalismo, y "favorecer, mediante el regreso a ese sistema, la anexión a los Estados Unidos del Norte". El federalismo y la anexión tienen para Gabriac el mismo significado, como lo veremos oportunamente.

Por aquel tiempo, en los mentideros de embajadas y legaciones se hablaba mucho de que Santa Anna había salido a entrevistarse con el general Álvarez para proponerle una política de transacción. "S. A. —dice Gabriac— quería ofrecerle un sistema mixto entre el federalismo y el centralismo. Álvarez quedaría promovido a un cargo casi equivalente al de condestable". Desde luego que esta híbrida combinación era parto de las mentes calenturientas de Santa Anna y de algunos de sus paniaguados; pero el plenipotenciario francés, que supone que en la política mexicana fructifica y prolifera el absurdo, considera prudente comunicarlo a Francia. Las cosas van de mal en peor y la corrupción política llega hasta lo increíble. Gabriac asegura en una de sus notas que las audiencias de Santa Anna ya tenían tarifa para el público y cuenta que el general Mora pidió hasta dos mil pesos por arreglar una audiencia oficial.

Como comienza a decirse que por la absoluta inopia del erario habrá necesidad de echar mano sobre los bienes del clero, el obispo Munguía de Michoacán —al mismo tiempo delegado de la Santa Sede— hace pública la prohibición de tocar sus propiedades, apoyado en un edicto papal de 7 de septiembre, que aparta de toda enajenación a los bienes eclesiásticos, bajo cualquier pretexto.

Como este camino le queda vedado a Santa Anna, echa mano de un préstamo forzoso por \$ 650,000, para el que fueron señaladas veintidós personas. El agiotista y acaudalado mexicano Loperena, viendo en ello un negocio fácil, por estar pendiente la liquidación de la deuda de los Estados Unidos respecto de la venta de La Mesilla, ofreció proporcionar él solo la suma completa, parte en efectivo y parte en bonos, contra el reconocimiento por \$ 750,000, pagaderos en seis meses y en efectivo. Pero como la retención de los tres millones restantes duró más del tiempo calculado, la operación se malogró. Gabriac cuenta que es tan grande el desprestigio de Santa Anna, que se ha descubierto que en una imprenta del convento de agustinos se publicaba una hoja enconadamente antigobiernista.

Por fin, Santa Anna se fuga y deja en la presidencia al general Martín Carrera, con el deliberado señuelo de que éste intente birlarles el triunfo a los hombres de Ayutla y quedarse en la silla como testaferro del dictador. A Carrera —dice Gabriac— se le considera entonces como a un usurpador, y sus parciales son tan pocos y carecen de fuerza que no podrá sostenerse, de manera que el triunfo del plan revolucionario está a la vista. Sólo falta que las fuerzas de Gue-

rrero lleguen a la capital. Con este episodio termina la vida política del hombre de Manga de Clavo, cuando por octava vez tiene que dejar el poder en condiciones humillantes. Así se cierra el telón de un sainete que disimula un largo y doloroso drama para México.

Los proyectos de monarquía en México después del fracaso de Iturbide, no tardan en aparecer: de no ser apócrifa la carta que aparece dirigida por Joel R. Poinsett (22-febrero-828) al general Vicente Guerrero, amigo del embajador yanqui y jefe en México del Partido yorquino, también al héroe del Sur le desvelaba la idea de que nuestro país tuviese un segundo emperador, pero éste, según sus simpatías y preferencias, debería ser el propio Poinsett: "El general Guerrero, que si vive será el próximo presidente, me ha hecho grandes ofrecimientos, *pero yo no renunciaría a mi país para convertirme en emperador de México*". La fuente, hasta ahora no ha sido desmentida,* pero queda la duda: ¿Era cierta la oferta de Guerrero, o fue este un bajo recurso del diplomático yanqui para hundir al ex insurgente suriano y a México en el desprestigio?

Más tarde, en 1846 Paredes Arrillaga fue paladinamente adicto a la idea monárquica y favoreció esta tendencia dejando a la prensa en libertad de discutir el tema. De esta tendencia sacaron partido Alamán, Sánchez de Tagle, Díez de Bonilla y Elguero, para hacer de *El Tiempo* el órgano de sus miras políticas. Hasta ahora no ha podido desmentirse la versión de que quien alimentaba estos afanes era Salvador Bermúdez de Castro, a la sazón ministro de España en México, así como que el candidato era entonces el Infante Enrique, cuñado de la reina Isabel II, y que el proyecto contaba con las simpatías y el apoyo de la Gran Bretaña.

Aunque a Santa Anna no le faltó ni la vanidad ni el anhelo de coronarse emperador, ya hemos visto que sus pretensiones carecían de base en la realidad política del país en aquel momento histórico, y que, de hecho, su calidad de dictador era más cómodo, aunque menos relumbrante, que la de jefe de un imperio, aunque éste fuera de mentira. Algunos desvelados llegaron a llamarlo "Antonio I"; pero la cosa no pasó de allí. Sin embargo, por los principios de 1856, Santa Anna vio la posibilidad, —entre otros fines, con el de hacer fracasar la revolución de Ayutla—, de crear el Imperio

* En la Autograph Collection of the Poinsett Papers. Expediente: Correspondencia 1779-1851. H. S. of Penna. Reproducido por José Fuentes Mares en su libro: *Poinsett*. Impreso en los Talleres de la Editorial B. Costa-Amic. México, agosto de 1960.

de Anáhuac, designando su titular al hijo mayor de don Agustín de Iturbide, o en su defecto, a don Antonio de Haro y Tamariz. Hay una proclama impresa sobre ese particular, que Gabriac dice haber enviado al ministro francés del Exterior. En ella se hablaba de un consejo provisional convocado por el futuro emperador, formado por dos representantes de cada departamento; del restablecimiento de los fueros católicos y militares, de la amnistía general y de la formación de un Consejo de Regencia, en tanto concluye el consejo provisional sus tareas preparatorias. El emperador —se dice— debe tomar esposa, caso de ser soltero; ser de nacionalidad mexicana, de origen indio y elegida por las cortes constitucionales, etcétera.

Caído Santa Anna, continuaron los planes monarquistas. Gabriac lo informa así a Drouyn de Lhuys, afirmando que la persona que le habló en carta personal y secreta salió a Europa al arreglo de estos planes, pero que él, Gabriac, no ha logrado saber “si recibió la orden de designar en las cortes de París y Londres algún candidato. Sin embargo —añade— se me dio a entender que la elección recayó en el príncipe don Juan Carlos, hermano del conde (Charles) de Montemolin, y creo haber interpretado que el joven príncipe ya aceptó... Parece que este será el plan —agrega—: se dejará caer al asqueroso gobierno de los *puros* en el desprecio y en el odio de todo el mundo...” Esto sucede a principios de septiembre. Un mes después, en nota de 4 de octubre de 1856, puede ya decir, sin ambajes, que el autor del proyecto de monarquía es un tal A. de Radepont, agregado militar francés que había actuado hacía diez años en la legación de Washington para vigilar las maniobras de los invasores norteamericanos en México. Después, Radepont vino a México y estuvo encargado de administrar “una gran hacienda que pertenece a extranjeros”.

En septiembre de 1855, como si no fueran suficientes los problemas creados por el filibusterismo de Raousset, de Walker, de Watkins y de otros, Santiago Vidaurri, tamaulipeco e indio de raza pura, andaba también metido en conjuras para una política de secesión, que tendría por finalidad crearse su cacicazgo con el nombre de República de la Sierra Madre, con los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Como esto podría llegar a ser un buen bocado para los Estados Unidos, a Gabriac le alarman estos decires, pero se exacerba su inquietud cuando sabe que ha llegado a Monterrey, de Nueva Orléans “un buen francés”. Éste le confía que, con Quitman, filibustero conocido, viajó un yanqui que

trajo la bandera de la República de la Sierra Madre. Ha tomado informes de Quitman, y sabe que es director de una amplia organización pro-yanqui que viene preparando la invasión de Cuba, de la que se dice llamado a ocupar su presidencia, y luego la de las Antillas, empresa que se considera relacionada con las pretensiones de Vidaurri; de manera que los Estados Unidos, anexándose a Yucatán, al extender su dominio sobre una gran parte del territorio mexicano, se conviertan en dueños de las zonas del Golfo de México y de las Antillas. Las preocupaciones de Gabriac vienen a acrecentarse con los informes de De Ambroy, cónsul francés en Tampico, en el sentido de que el general Juan B. Traconis, "ayudado con la influencia de dos o tres hacendados, ha logrado agitar la Huasteca y tiene en perspectiva formar, con el nombre de *Iturbide*, un nuevo Estado cuya capital sería Tampico". Opina De Ambroy que ni Vidaurri ni Traconis lograrán sus ambiciones, pero que les están haciendo el juego "consciente o inconscientemente" a los americanos.

De aquí en adelante, la política de influencia de los Estados Unidos sobre México, la imperialista de Napoleón III, de presionar sobre América, tomando como su centro de gravedad a México; los celos que en los representantes franceses provoca la actividad de Gadsden; los denuestos lanzados contra México y los mexicanos, y la opinión que, uno y los otros les merecemos, se confunden, se barajan y se interpolan, de modo que sería inútil tratar de separarlos.

Napoleón III obstinadamente, con dinámica fatalista venía ejerciendo cierta hegemonía continental en Europa, que a muchos parecía obra genial. La estrella napoleónica hacía recordar a algunos la del afortunado Corso, y sugería afinidades que la Historia se ha ocupado de desmentir. La propaganda interesada a través de una lengua que, como la francesa, era si no hablada, sí leída por la mayor parte de los intelectuales de la época, hacía aparecer al emperador francés como el genial creador de una política internacional de equilibrio, frente al poder ascendente de los Estados Unidos, sin parecer interesarle para sus planes que desde 1824 Monroe hubiese hecho proclamar la doctrina que lleva su nombre; doctrina no dirigida, por cierto, a la preservación de América de la penetración europea, sino a reservarla casi exclusivamente en beneficio de los Estados Unidos. Napoleón se creía lo suficientemente audaz y poderoso para desafiar impunemente la premonición contenida en la doctrina del presidente yanqui.

La vigilancia interesada de estas tierras de América —y

especialmente las de México, que tenían fama más o menos bien merecida de ingobernables— era el verdadero fin con que se desplegaba la diplomacia francesa. Esta diplomacia tenía que chocar, por principio, con la influencia norteamericana y con la diplomacia del dólar. El libro que reseñamos nos da sólo la impresión unilateral de la versión francesa. Cuando se conozca la versión norteamericana y se comparen ambas, podrán rehacerse esenciales capítulos de la historia de México.

La suspicacia francesa, a veces explicable, sobrenada en la mayor parte de las notas, principalmente en las de Gabriac. Así, por ejemplo, cuando informa: "Cualquier protesta de moderación emanada del gabinete de Washington oculta tan sólo un aplazamiento de sus proyectos". O cuando sospecha: "Si declara que abandona la idea de comprar Yucatán, de conquistar La Habana o la frontera de la Sierra Madre y de hacer una expedición a la Baja California, es porque tiene la certidumbre de nuestros éxitos en Oriente, y temerá que la alianza anglo-francesa, tan poderosa en el Viejo Mundo, pueda estrecharse debido a los acontecimientos que se preparan en este continente, y ponerse en condiciones de dominar su curso en el Atlántico como en el Mar Negro." Relaciona una versión de que Pedro Soulé estaba encargado oficialmente (por los Estados Unidos) de negociar en Madrid la cesión de La Habana, con una supuesta petición para la cesión de Yucatán. Y concluye diciendo que si México cae en poder de los Estados Unidos, éste podría imponer su ley a Europa. Pide instrucciones al emperador de los franceses, por los conductos diplomáticos, sobre las eventualidades que pudieran surgir con motivo de la presión que el general Gadsden ejerce sobre el gabinete de Santa Anna, al cual, con sus seis componentes, llama "siete imbéciles". Asegura que México no tiene más remedio que "una intervención seria de los grandes gobiernos de Europa". El país —opina— está tan desmoralizado por los errores de Santa Anna y tan debilitado que "si los norteamericanos marchasen sobre México, su pomposo ejército se dispersaría ante ellos como una bandada de palomas, y los oficiales serían, como siempre, los primeros en huir".

Por el cúmulo de informes llegados a la Legación de Francia, de diversa procedencia, se tiene que pensar que ésta era un nido de rumores más o menos peregrinos; pero no puede dejar de reconocerse que hay, sin embargo, algunos hitos que pueden contribuir a imprimir una dirección veraz a la historia nacional en varios de sus aspectos. Los proyectos de

Gadsden sobre una firme penetración norteamericana en el Golfo de México y las Antillas, parecen garantizadas por las palabras de Ramón Lozano y Armenta, quien sostuvo casi un altercado con Gadsden en una recepción diplomática: Gadsden abordó a Lozano y le dijo a quemarropa: "¿Es cierto que usted protestó junto con sus colegas de Inglaterra y Francia contra el pretendido rumor de que Estados Unidos querían adquirir Yucatán?" Negó la imputación con virilidad el español, y Gadsden añadió que, aunque por el momento su país nada tenía que hacer en Yucatán, podían presentarse circunstancias favorables a ese propósito, lo que podría determinar que el Golfo de México cambiara de nombre. Asegura Gabriac que el representante yanqui concluyó anunciando: "Tenemos en las Floridas la cabeza del golfo, tarde o temprano deberemos tener los brazos; y evidentemente los brazos están en Yucatán". Ante tan ostensibles declaraciones de Gadsden, Gabriac concluye que la mira de los Estados Unidos era llegar hasta Panamá, para lo cual sus maniobras se dirigen a alejar a México y a la América Latina de Europa y aumentar su influencia en esos países. Así, ve con pena que, como representante de Francia, su misión está siendo contrariada por los hechos. Considera la cuantía de los intereses franceses en la suma de treinta y un millones de pesos, con una población que fluctúa entre los doce y los catorce mil súbditos de Napoleón ni, "pero, una vez (México) en poder de los yanquis, las utilidades de las minas de este vasto territorio servirán para financiar la producción de las fábricas, cuyo número crece como por encanto en los Estados Unidos".

Informado por otra fuente dice saber que cuando dimitió el general Carrera, Gadsden pagó para embriagar a los *léperos* y que éstos gritaran por las calles: "¡Viva la anexión!", así como que el propio Gadsden dio una suma de dinero al coronel Mauricio Ortiz para que proclamara la independencia del Istmo de Tehuantepec. Considera adversa la situación para los intereses de Francia, porque en la frontera "hay un enemigo poderoso que espía la caída, se dispone a devorar y amenaza con envolver a Europa en las mayores dificultades, como consecuencia de la ruptura del equilibrio americano".

En relación con estas cavilaciones de Gabriac, en los papeles de la Legación obra una copia del escrito que Tomás Murphy, ex ministro de México en Londres, sometió a la consideración del Emperador de Francia. Campean en él análogos temores a los que desvelan a Gabriac. Presiente que al llegar a prosperar (bajo los Estados Unidos) las instituciones

republicanas, el prestigio que adquieran se refleje en Europa en forma de demagogia. "La independencia, la nacionalidad de México no son, pues, problemas que interesen únicamente a este país; también deben interesar a Europa desde el triple punto de vista del equilibrio del mundo, de la seguridad de la paz y *del tranquilo reinado de las instituciones monárquicas*. Para conjurar este peligro, le propone un proyecto que tiene por principal base "establecer (en México) un gobierno monárquico bajo un príncipe español o de cualquiera otra dinastía católica, con la garantía colectiva de Francia, Inglaterra y España". Se anticipa luego a la contingencia de una guerra de esas potencias con los Estados Unidos; pero opina en contrario, porque este país "las únicas potencias a las que teme son Francia e Inglaterra, ya que los americanos sólo se muestran audaces porque esperan serlo impunemente". Vuelve a reflexionar en la posibilidad de una lucha armada y resuelve que "España sería siempre un aliado de importancia". "...Su marina prestaría importantes servicios y Cuba prestaría un importante punto de apoyo a las operaciones de las flotas aliadas". Esta invitación de un ex diplomático mexicano de ascendencia inglesa está signada en París, el 17 de febrero de 1856, cinco años antes de que la Coalición Tripartita se organizara en Europa; cinco también antes de que las tropas españolas desembarcaran en Veracruz, y seis antes de la llegada a ese mismo puerto de los barcos ingleses y franceses.

Gabriac, al apoyar los argumentos de Murphy ante su gobierno hace el augurio de que si Europa pudiera ponerse de acuerdo sobre el establecimiento y el mantenimiento de un gobierno monárquico *en la Constantinopla de América*, la Unión Americana del Norte no tardaría en dividirse ella misma". Todos estos pronósticos nos demuestran que ni Gabriac, ni Murphy, ni Napoleón III llegaron a penetrar en su fondo la política exterior norteamericana de la segunda mitad del siglo pasado, la que había variado fundamentalmente en cuanto a un nuevo y diferente sentido en sus aspiraciones de dominio, conocidas como *la no política del dólar*, con una tendencia desde luego menos interesada en su expansión territorial hacia el sur inmediato; tampoco llegaron a imaginar la firme reacción del México regenerado postreformista ante la invasión de Francia, y aun menos podían imaginar que el ejército francés, prestigiado en los campos europeos, fuera humillado aquí por una derrota militar, en tierras de las que había dicho Gabriac: "En México el cielo y la tierra son magníficos; pero los hombres ni siquiera tienen la apa-

riencia de la especie". O bien, este otro denuesto: que este país "tiene por base la apatía, el egoísmo y la cobardía cívica política".

Gabriac no deja de atribuir también a los liberales, vencedores de Santa Anna, proyectos anexionistas o tendencias proteccionistas de los Estados Unidos: con motivo de las dificultades suscitadas entre México e Inglaterra por el caso Barron y Forbes y el ultimátum recibido por el presidente Comonfort, afirma Gabriac que, en consejo de ministros, ante la urgencia del caso, don Miguel Lerdo de Tejada, a la sazón ministro de Hacienda, dijo que había "una manera sencilla de cortar de raíz esas dificultades. Hace mucho tiempo que me convencí de la necesidad de solicitar el protectorado de los Estados Unidos". Agrega Gabriac que Comonfort "se levantó y declaró que prefería unirse a los insurrectos de Puebla antes que recurrir a tales extremos". Y en relación con la reconocida filiación de los españoles radicados en México, simpatizadores del partido reaccionario, el ministro francés asegura que Comonfort le dijo que estaba seguro de que tendría que sostener una guerra intestina con los partidarios de Santa Anna, pero que contaba "con la ayuda de los navios, de los corsarios, de los fusiles, las municiones y los hombres de los Estados Unidos".

Todas estas noticias siguen infundiéndole temores a Gabriac sobre una posible frustración de los proyectos franceses, a causa de la *inevitable* absorción de México por los Estados Unidos, "lo que tendrá como consecuencia necesaria, no sólo la pérdida del mercado mexicano para los productos manufacturados en Francia e Inglaterra, sino, además, la pérdida del mercado de los Estados Unidos para esos mismos productos". Empero, no puede disimular el consuelo que le causa el que, según Comonfort le informa, Santa Anna siga intriguando en el extranjero en favor de una restauración de su dictadura "con el compromiso de entregar luego el país a un príncipe de la Casa de España".

Con la misma suspicacia de siempre y aguzados sus sentidos para percibir cuanto a la política norteamericana se refiera, logró Gabriac, por conducto de Lettson —encargado de negocios de Inglaterra— una copia del despacho que el nuevo embajador de los Estados Unidos, John Forsyth envió a Washington. El 11 de febrero de 1857, México y los Estados Unidos habían suscrito un acuerdo que, como todo convenio internacional, requería su recíproca ratificación. Este convenio nada de comprometedor tenía para nuestro país: principalmente se trataba de convenir en el modo de

arreglar las reclamaciones de ciudadanos norteamericanos, y para este fin se reservaban preventivamente los Estados Unidos los tres millones pendientes de cubrir por concepto de la venta de La Mesilla.

Pues bien, dice Gabriac que en ese despacho Forsyth confiesa paladinamente "que ha llegado el momento de posesionarse de México", y que los tratados antes referidos "son los preliminares para la anexión"; que el país ya no espera salvación —comenta Gabriac— sino del exterior, y que si no es absorbido por los yanquis *tendrá que serlo por Francia*, quien consolidaría a un príncipe con el oro de Inglaterra. "Esta transformación de la República Mexicana en una monarquía sería, a su juicio —según el texto de la nota— una infracción a las leyes de Monroe, que tienen por objeto dar la supremacía a los Estados Unidos en toda la América, sin que Europa deba intervenir para nada". Añade Gabriac que de la lectura de la nota se desprende que Forsyth es un "verdadero filibustero" cuya conciencia ha sido comprada por los anexionistas y por los tenedores de bonos del convenio inglés, razón por la que el gobierno de Washington desaprobó su conducta en los mencionados acuerdos. Alarmado, el representante francés insta a su ministro del Exterior para que no pierda más tiempo y Francia se ocupe de México "a menos que estemos conformes con dejarlo en manos de los yanquis, sabiendo las peligrosas consecuencias de ello", y termina, abrumado: "La peor conclusión que obtenemos es que debido a la miseria y debilidad a que ha reducido (los Estados Unidos) a México, el gobierno de este país no ha encontrado otro recurso que el suicidio".

A mediados de agosto recibe Gabriac la visita del senador yanqui Felipe Benjamín, que trae la misión de poner en práctica la concesión del tránsito por el Istmo de Tehuantepec, derivada de las adiciones al tratado de La Mesilla, adiciones impuesta a Santa Ana, como se sabe. El objeto principal del viaje, en apariencia, es que se pueda operar la concesión hecha originalmente a Sloo y después a Garay, Falconnet y Hargous; pero lo que se desea es la facilidad de transportation de tropas norteamericanas a través del Istmo, tropas destinadas a las posesiones norteamericanas del Pacífico. Cree Gabriac que ese pretendido transporte por un territorio tan alejado de los Estados Unidos puede ser *el pretexto para una usurpación*.

Después sabe que Benjamín ofreció a Comonfort comprar toda la deuda capitalizada de México, al 40 o 50 % de su valor real, con la condición de que México cedería a los

Estados Unidos *los territorios yermos* de Sonora y Baja California, necesarios para la gran vía férrea de Texas al Pacífico, y que el excedente de los cuarenta o cincuenta millones sería colocado en hipoteca, con la garantía de los bienes del clero y de los ingresos aduanales, a razón del 6 %, con exclusión del uno o dos para la amortización de los capitales. Se felicita Gabriac de que la proposición haya sido rechazada, porque la considera como una de tantas manifestaciones evidentes de la política absorbente y anexionista del país vecino.

Naturalmente que Gabriac no se desvela por la integridad territorial ni por la soberanía de México. Es un agente activo del Emperador Napoleón ni que está vigilando que la política de los Estados Unidos no interfiera en lo futuro los meditados planes de Francia, y de allí que a veces pueda darnos la impresión de que está haciendo causa común con México. Los denuestos contra nuestro país abundan en sus notas y son suficientemente significativos de la opinión en que nos tiene.

Debe reconocerse que, en cuanto se refiere a las críticas lanzadas por Gabriac y sus antecesores al régimen de Santa Anna, éstas coinciden en lo general con el criterio de la historia oficial mexicana, excepción hecha de que Gabriac simpatiza con el sistema implantado por Santa Anna por causas de orden político, que ya se han expresado. Cuando entran las tropas del general Álvarez a México dice: "Esta entrada constituye la afrenta más sangrienta infligida por la revolución radical *al orgullo de las gentes decentes* de la capital. ¡Habría que escuchar los lamentos de los capitalinos *ante la invasión de esta horda de salvajes.* . ." Y cuando se va Álvarez "con sus pintos" refiere que todos los cuarteles que habitaron fueron rigurosamente desinfectados; en otro aspecto de sus críticas afirma que no podía haber puntualidad para que se reunieran los diputados en las sesiones del Congreso Constituyente "dada la tradicional pobreza de los diputados, que confesaron en su mayoría no ser suficientemente ricos como para comprarse un reloj"; que las relaciones familiares en México presentan aspectos muy raros, como el de doblegarse los hombres ante la reprimenda de madres, esposas, hermanas o hijas, aun sacrificando sus convicciones; pero que, aparte de esto, "se convierte (el mexicano) en ateo, en comunista, en un hombre capaz de vender a su mujer y a su hija; o de cambiarla, como se cambia un burro, una oveja o un pavo"; que en la Constitución de 1857 se estableció como condición para la ciudadanía el saber leer y escribir, "obli-

gaciones (que) harán muy difícil para el mexicano la adquisición de sus derechos ciudadanos"; hace elogios sobre las condiciones extraordinarias (naturales) de México, pero infama a sus gentes, contra las que lanza las peores diatribas: "Nunca —dice— un país fue poblado por elementos tan heterogéneos, enemigos unos de otros, llenos de prevenciones contra el extranjero y que rechazan con toda su fuerza el progreso, bajo no importa qué forma"; que toda idea de regenerar a los mexicanos no pasa de una quimera, y "que el robo está tan metido en la sangre de la raza mexicana, que semejante exceso de severidad (el haber sido sometidos los robos calificados a la jurisdicción militar) es generalmente censurado por la gente del país".

Lo que se saca en claro de la correspondencia de Levasseur, Dano y Gabriac durante el periodo 1853-1858, es que la diplomacia francesa enfocó con errores de óptica la mayor parte de las situaciones: en lo interior, al querer exigir del México de mediados del siglo anterior las condiciones generales de un Estado Europeo; el no prever que México fuera capaz de guardar tal reserva de energías y de patriotismo, como para poder haberse medido militarmente, con gloria, con un ejército mundialmente prestigiado; que México, tan denostado como fue, pudiera haber tenido los caudillos políticos y militares que hicieron de lo que a muchos réprobos parecía una aventura genial, la más triste y espectacular de las humillaciones.

Y en lo exterior, porque los temores y las exageraciones de Gabriac lo indujeron a interpretar la política norteamericana con un sentido inactual, impidiéndole ver el proceso de evolución de la política inicialmente fincada en anexiones territoriales, a la de influencia económica sobre los mercados: la diplomacia del dólar.

En realidad, los falsos colores con que se nos pinta en nada difieren de la posterior opinión de Lorencez, cuando antes de la derrota del 5 de mayo de 1862, en Puebla, hizo presagios tan precipitados como ligeros y audaces, al decir al ministro francés, con arrogancia incalificable: "Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevados sentimientos, que desde ahora, a la cabeza de nuestros seis mil soldados, soy dueño de México".

Jorge Fernando ITURRIBARRIA
Sociedad Mexicana de Geografía y
Estadística